



Carmen Rigalt

Noticia de mi vida

Un día, justo cuando le había fallado el corazón, el «padre prior», como dice Carmen Rigalt, decidió quitarle su columna de El Mundo. Pero ella no se rindió. Ni un infarto, ni un despido, ni una pandemia lograron que abandonase la pluma. Todo lo contrario, acosada por tanta adversidad la empuñó y escribió este libro, exhibición y compendio de su talento de siempre, de la sinceridad y el sentido del humor que han marcado su carrera de periodista como hay pocas, de las que nacieron para informar y han vivido para contar cuanto vieron.

Noticia de mi vida no es un libro de memorias, pero sí de recuerdos. Contiene fragmentos de la vida de Carmen Rigalt contados por ella misma, con la sinceridad y el estilo que la hicieron grande. Nunca le dieron un premio, pero ella sigue premiando a los lectores con su talento.

Índice de contenido

Prólogo

Todo será olvidado

El padre prior

Sin miramientos

Primera parte

La acacia genealógica

Mujeres de ayer

El abuelo franchute

La abuela geperudeta

El matriarcado

El misterio de la vida

Los años de la leche en polvo

Tres veces fugitiva

Duelo de difuntos

Descubriendo los sabañones

Libre bajo las mantas

La hija del circo

Flirteos místicos

La tía falangista

Balmes 353

Palabras azules

Pamplona

Mucha jeta para empezar

El gato de Terenci

Las amigas perdidas

Días felices

Demasiado jóvenes para sufrir

Un pueblo pionero

Dormir con los pies tapados

Amistades difusas

El pecado va en sidecar

El castellet de Banyoles

El año que vivimos jubilosamente

El singular sur

Antonio y el procés

El ojo de dios

La duquesa y el bailarín

Ole, ole si me eligen

Segunda parte

El director

El vodevil

El Clark Kent del diario Pueblo

Una gran plataforma

La Moleskine

Primeriza

Cronista de verano

Barcelona, 1971

Matiné nupcial

Baratijas

El periódico de los famosos

Periodistas de ayer

Colón en la escalera

La magia del desván y el proyecto de Martín

Hijos descalabrados

De niños y trenes

Bashir

Primeras huidas

Extrañar a los amigos

El espía indiscreto

¿Quién fue Deborah Kerr?

Adiós, Natalia; adiós, Alfredo

La prensa que se extingue

La leyenda del Borbó

Panamá contra carapiña

Ya entonces, los hombres devoraban a las mujeres

Rabin, como la Preysler

Los jesuitas y «la lambada»

Bichos de pesadilla

En el reino de Siam

En los dominios de Pablo Escobar

Expatriados

Esperando la vacuna

En mi ánimo no amanece

Sobre la autora

Prólogo

Todo será olvidado

Esto que tienen entre las manos no es un diario íntimo. Ni siquiera un diario. Como mucho es un asistente personal que me ha ayudado a salvar los escollos del tiempo y recuperar la memoria. No sé muy bien por qué elegí el tono memorialístico. Seguramente porque, a fuerza de leer a los autores que han cultivado el género, me resultaba más familiar. La razón era sencilla: necesito saldar cuentas con el pasado porque estoy en deuda con él.

Este es un libro abrumadoramente sentimental, con algún guiño entremezclado para despistar. Contiene alegrías y tristezas, además de cierta dosis de nostalgia y bastante sentido del ridículo, que es el sentido más devastador y patético de cuantos nos acompañan en nuestro deambular por la vida.

El pasado no siempre está reconciliado con el presente. Es posible que sin darme cuenta haya escrito el libro buscando esa reconciliación, pero sospecho que ha sido en vano.

Inicio el libro con el regusto áspero de una infancia revoltosa y colérica que ponía trabas a mi felicidad. Estaba rodeada de gente que me quería, pero yo no me dejaba querer. Crecí contracorriente, atenazada por la angustia y presa del miedo. A veces soñaba que volaba como si fuera un pájaro (detesto los pájaros) por montañas y valles, picos y llanos. Cuando no podía más, reposaba en la copa de algún árbol, y cuando recuperaba el aliento, emprendía de nuevo el vuelo. Dicho así parece que me describo liberada y feliz, pero no es cierto. Lloraba mucho a escondidas, encerrada en el baño. Creo recordar que me toma-

ba el llanto como un ejercicio reconfortante. Deseaba estar sola y me aterraba que me pillaran llorando.

En la infancia apunté maneras que en la adolescencia se consolidaron. Y así empezó una nueva vida, intensa y problemática. El internado no me traumatizó, pero me tomé la venganza de llevar a las monjas de cabeza. Debo reconocer que conseguí preocuparlas. También con ellas lograba mi objetivo.

Descubrí la libertad cuando llegué a la universidad y entré en contacto con el periodismo, que estaba llamado a ser mi vocación. Por primera vez tuve una sensación próxima a la felicidad, y si no era la felicidad se le parecía bastante. Tenían razón mis tías, que me enseñaron a leer y escribir cuando era un retaco. Ellas me seguían con la mirada mientras llenaba hojas y más hojas de cuadernos y les oía decir por lo bajo: «Será periodista». Yo no sabía qué significaba ser periodista, pero me quedé con la copla y repetía la palabra para aprenderla. No me dejaba aconsejar ni corregir. Era una sabelotodo.

Decía que el periodismo estaba llamado a ser mi vocación. Al principio tampoco sabía el significado de la palabra *vocación*, pero lo fui intuyendo a medida que me aproximaba a las antologías literarias del bachillerato. Las antologías eran mis lecturas preferidas. Cuando iba de viaje con mis padres y mis hermanos, me llevaba siempre la antología y en el camino memorizaba algo: «Abenámar, Abenámar, moro de la morería, el día que tú naciste, grandes señales había; estaba la mar en calma, la luna estaba crecida, moro que en tal signo nace, no debe decir mentiras...». A esas alturas empezaba a marearme. Impepinable.

No sé si llegué antes al periodismo o a los chicos. Ahora no lo recuerdo, aunque quizás el periodismo me mantuvo entretenida por más tiempo. A los chicos, en cambio, enseguida les vi el plumero. En este libro también digo algo sobre ellos. Era el primer año de universidad y sonaba

Françoise Hardy. Cada curso tenía su banda sonora. En aquellos años también aprendí el primer bolero. Ahora sé que estaba a punto de enamorarme.

La excitación que me producía la universidad era una fuente de placer, como también lo era la ausencia de matemáticas y física. El periodismo me dio los primeros chutes de emoción. Los fines de semana me dedicaba a hacer entrevistas y con un poco de suerte también a publicarlas en algún periódico local. Hubiera pagado por ver una entrevista con Peret o con Karina publicada en un periódico local. Así de ingenua era entonces.

La vida cambió mucho cuando terminé Periodismo y empecé a buscar trabajo. En el libro cuento mis primeros desengaños. Demasiado pronto tuve que protegerme de los avezados colegas que se abrían paso a codazos. Lo primero que aprendías en los periódicos era a pisar temas. Miento. Lo primero que aprendías era a defenderte de los pisotones ajenos. Yo reaccioné con torpeza. Normalmente el procedimiento consistía en proponerle el tema al jefe, pero solía darse la circunstancia de que los buitres andaban al acecho y a veces se lanzaban sin contemplaciones sobre tus propuestas.

La profesión periodística tiene un lado muy canalla. Hay que aprender a sobrevivir, sobre todo en el mundo de las exclusivas del corazón. El negocio con los menudillos comenzó en los mismos años en los que yo me abría paso en los medios. El comercio de las exclusivas nace precisamente a raíz de la película *La Dolce Vita*, de Fellini, donde un fotógrafo llamado Paparazzo persigue a los famosos que se concentran en los locales de la romana Via Veneto. A esa época yo llegué tarde. Mis tiempos coincidieron con Jackie Onassis, los Mónaco, Liza Minnelli, etc. De estas primeras experiencias y de las que le siguieron trata este libro. También de los grandes periodistas que nos precedieron y de los actuales que ya están dejando huella... Aquí van sus nombres. Pero donde hay grandeza también

hay miseria, y el periodismo no ha escatimado en vanidad y egolatría.

No hay piedad entre los periodistas. Ni piedad ni favor. Un periodista no te proporciona un número de teléfono ni borracho. El mundo debe estar a punto de hundirse para que tenga semejante gesto.

Este es el libro de una mujer que nació periodista. Empecé haciendo de todo (solo me faltó barrer la redacción) y terminaré volviendo a la nada. Cerca de mí he oído silbar los cuchillos y he visto levitar a famosos como John Lennon o el papa. Entremedias he conocido guerras, sabotajes y ahora pandemias. Pero un día todo será olvidado. La memoria no da marcha atrás. Nada de lo que ha ocurrido en mi vida merece un esfuerzo para ser registrado.

El padre prior

Mi última vida empezó la Nochevieja de 2019, poco antes de que diesen las doce y a mi nieto Martín se le atragantarán las uvas. Era la primera vez que los niños participaban en el ritual de las campanadas y estaban especialmente nerviosos. Antes de cenar, mi nieta Jordana nos hizo una de sus habituales exhibiciones de TikTok, con tan mala suerte que sacó un brazo a pasear y en el trayecto tiró al suelo una licorera de mi madre, ahora hecha añicos. Una licorera de cristal tallado que la abuela Mariana dejó en herencia a mi madre, mi madre me la dejó a mí y yo pensaba donarla a la cuarta generación de la familia, si para entonces lográbamos mantenerla fuera del alcance de los niños.

Esa misma noche yo terminé en el Hospital Puerta de Hierro, doblada por un infarto. Mi corazón se rompía como la licorera. Pero eso ya lo contaré en otro momento si salgo viva del trance. Ahora prefiero continuar con la historia que se abre paso en mi cabeza. Escribiré muchas de las páginas siguientes en riguroso presente, mientras me recupero del infarto y veo pasar ante mis ojos el estallido de la pandemia. Por si eso fuera poco, también he sufrido un serio revés profesional. Me muerdo la lengua para no darles gusto a quienes se frotan las manos con los infortunios ajenos, pero así es la vida. Yo también disfruto con esos mecanismos de desahogo que son las ínfulas de los tontos. Para empezar, tengo otras prioridades. Como diría Milena (Busquets), «también esto pasará».

Primero fue el infarto. Cuando digerí la Nochevieja y los mil quinientos regalos de Reyes que Baltasar traía en su furgoneta, empezaron a caer las hojas del calendario y

nos plantamos en los idus de marzo. Uno de aquellos días recibí la llamada de una secretaria de redacción (me parece que fue Amelia o Elena) que me transmitió un mensaje de Paco Rosell, alias *herr director* o en su defecto el padre prior, esto último dicho con todos los respetos, por su aspecto de cura blandito. Se trataba de una cita. Precisamente hacía poco que yo le había escrito un *email* comunicándole que mi corazón había descansado suficiente y se acercaba el momento de reincorporarme al trabajo. Para entendernos: el médico me había prescrito tres meses de absoluto descanso, pero habíamos entrado en el tercer mes y yo me encontraba muy bien, así que decidí ponerme las pilas. Además, por mi condición de colaboradora yo no tenía derecho a baja laboral, de manera que todo cuadraba. Así se lo dije al cardiólogo del Puerta de Hierro cuando me dio el alta hospitalaria, prescribió la medicación correspondiente y enumeró las advertencias debidas. Luego añadió: «Serán tres meses de absoluto reposo, usted verá lo que hace». No quiso oír más. Y añadió: «Yo no doy consejos laborales, sino médicos».

En el correo electrónico que envié a *herr director* le pedía encarecidamente que me relevara de mi cometido en el suplemento *Crónica*, puesto que desde el principio se había comprometido a negociar conmigo un destino en el que estuviéramos de acuerdo los dos. Llevaba más de un año escribiendo una página dedicada al personaje de la semana (siempre que no lo eligieran también en la sección de nacional, internacional, deportes, economía, etc.). Es decir, siempre que estuviera de acuerdo *herr director*, que no lo estaba nunca. Por primera vez en el periódico me negaban la libertad de elegir el personaje y el tema. El propio director me relevó de la contraportada dominical sin avisar siquiera. Fue mi sustituto quien me lo dijo, creyendo que ya había sido avisada por mis superiores. *Herr director* no lo hizo, pero yo se lo eché en cara cuando tuve oportunidad de entrar en su despacho. «Tú elige lo que

quieres hacer», dijo deseoso de quitarse de en medio. Pero eso no llegó a ser verdad nunca. *Herr director* me depositó en manos de un subdirector, y este, a su vez, de un redactor jefe. Por suerte no había un jefe de filas, porque me lo habrían puesto.

Reconozco que me molestó el relevo, y no porque tuviera especial apego a esa página, sino porque la estrategia que utilizó para echarme me supo a rayos. Fue el fallecido David Gistau, la persona que estaba destinada a sucederme, quien me comunicó la noticia. Yo no sabía nada del plan de sucesión, y Gistau, por su parte, creía ingenuamente que el padre prior se había ocupado de contármelo por anticipado, ofreciéndome una alternativa. Pues ni lo uno ni lo otro. Si nos atenemos a las palabras de Rosell, más que un ofrecimiento era una elección que dejaba en mis manos para evitar líos. Es un hombre poco capacitado para mandar. Su especialidad era escabullirse. Imaginé que el contrato suscrito con Gistau sería económicamente muy jugoso, lo cual ponía a Rosell en el compromiso de sacarle partido.

Y así fue. Lo inconcebible fue que el padre prior se desentendió de sus promesas. Luego pasó lo que pasó: el accidente de Gistau y, más tarde, la muerte. No voy a entrar en detalles. Él ya no está con nosotros y su silencio me escuece por dentro. La dedicatoria más sentida la escribió Jabois, que fue compañero en *El Mundo* y es el mejor reportero que te puedes echar a la cara. Hacían buena pareja Jabois y Gistau. Los dos amigos y jóvenes, brillantes, golfos, apasionados por la literatura y el periodismo.

A Gistau (el menos golfo) el trabajo acabó costándole la vida. Firmaba artículos, crónicas deportivas, reportajes, todo. Era un caudal de creatividad. La crónica dominical fue la puntilla.

Cuando lo conocí no llegaba ni a treinta años. Me llamó pidiéndome que le presentara el libro *¿A que no hay huevos?*, junto con Luis María Anson. Un libro entre perio-

dístico y literario, rabiosamente divertido. El asunto era disparatado: los periodistas desplazados a Afganistán formaban un equipo de fútbol que en los ratos libres se enfrentaba a los muyahidines. No me hace mucha gracia presentar libros, pero el de Gistau era tan divertido que no me costó nada. Además, Luis María Anson correspondió con una presentación tan loca que la gente se lo pasó muy bien.

Me sabe mal meter a Gistau en este embrollo, pero él sabe que fue así. Luego vino el accidente en el gimnasio, boxeando con un profesional, y, a continuación, su inesperada y absurda muerte tras dos meses en coma.

Gistau murió antes de tiempo. Seguramente desde muy joven vivió precipitadamente. Cada vez que nos encontrábamos yo le preguntaba si había vuelto a casarse y él se descojonaba. No me lo inventaba. En su currículum sentimental figuraban varias relaciones. Tenía, además, cuatro hijos. Era un vocacional de la paternidad, un tipo con prisa. Tuvo prisa por casarse, por tener hijos, por ir al Bernabéu, ver cine negro y escribir sin freno. Fue huérfano de padre y en más de una ocasión comentó que tramaba vengarse de su progenitor por los sufrimientos que le ocasionó su temprana muerte.